

Terrible noviciado para novios y sacerdotes indios: el "Maraké"  
(Por Enrique González Fiol)

Notas pintorescas. — Terrible noviciado para novios y sacerdotes indios: el «Maraké»

Son tantas y tan interesantes las notas pintorescas de usos y costumbres indios, que apenas si el periodista sabe dónde escoger. Empecemos por una terrible ceremonia de los rucuyos de las fuentes del Yari, río amazonio; tortura muy análoga en sufrimientos, cuando no semejante, a la emplea la por casi todas las razas indias de las cuencas de los grandes ríos brasileños, para noviciado, como si dijéramos, de sus *piaches*, *piayes* o personalidades religiosas entreveradas de sacerdote, de médico y de vate, en su triple acepción de adivino, poeta y cantor.

Los rucuyos sometían a ceremonia tan espantosa, cual va a verse, a los adultos que aspiraban a casarse.

Al final de un baile, que había durado desde la puesta del sol hasta el amanecer, los bailarines despojábanse de sus disfraces coreográficos y de sus adornos para empezar el *maraké*, que era un tremendo suplicio. El *piache* hacía que tres hombres cogieran al aspirante al

matrimonio; uno le sujetaba por las piernas, otro por los brazos, y el último de la cabeza, que le echaba hacia atrás.

Así agarrotado el paciente—¡ya se verá si paciente en grado inconcebible!—, el *piay* le aplicaba al pecho los agujones de un centenar de grandes hormigas brasileñas—cuyos mordiscos son terribles—, sujetas por el cuerpo en un enrejado de junco, instrumento de formas variadas, una veces de cuadrúpedo y otras de fantástica ave.

A continuación se le aplicaba a la frente otro enrejado lleno de avispa, tras de cuyos agujonazos volvía a aplicársele las hormigas, y así sucesivamente, alternando la obra atormentadora de dichos insectos por todo el cuerpo.

Como es de suponer,

no había—ni hay—ánimo que resistiera semejante tormento. El desdichado a quien se le infligía, caía, sin remisión, en un síncope. Entonces, como a un cadáver, se le trasladaba a una hamaca, donde se le amarraba fuertemente con cuerdas... y se encendía fuego debajo: no sé si para hacerlo volver en sí o loco. Como el dolor le obligaba a agitarse desordenadamente, la hamaca balanceábase en todos sentidos, produciendo vibraciones que al hacer retemblar la cabaña parecían amanazarla de hundimiento.

Pasado este mal rato, el paciente había de permanecer en la hamaca quince días, sin comer más que un poco de cazabe y pececillos asados a las brasas. Al saltar de ella, se le consideraba capaz para contraer matrimonio. Pienso igual que tú, lector: ¿De qué serían las mujeres en aquel país, cuando era precisa al hombre tan extraordinaria prueba de capacidad para soportar el matrimonio?